

PERSPECTIVA

Alegato por un nuevo ethos global



Pablo Salvat B.

Profesor Departamento Ciencia Política y RRII Universidad Alberto Hurtado

LO QUE HA sucedido con la colusión de los grandes grupos farmacéuticos en orden a subir precios de ciertos medicamentos, le demuestra a usted cuál es la ética del así llamado mercado libre y de la modernización globalizante bajo dirección liberal o neoliberal. La misma salud se ha convertido en un bien más, transable monetariamente y sujeto a la lucha por los precios y las ganancias de algunos grupos. Se sabe. No sólo en las farmacias hay tendencia al monopolio, también en las AFP, las isapres, los bancos, el agua o la electricidad.

También tienen un precio el medio ambiente, las pensiones, la calidad de vida y un largo etcétera. También el deseo alimentado propagandísticamente del sueño de la casa propia, en Estados Unidos o acá, es motivo de buenos negocios, importando poco, en verdad, si esas viviendas satisfacen las condiciones para una vida decente. O si podrán ser pagadas por sus compradores. Total, se los remata. No deja de resultar paradójico al mismo tiempo que se reivindica el valor de la vida, porque la vida humana misma ha sido convertida por el economismo en un bien transable, y con un

Si volvemos la vista a nuestro país, veremos que en el pasado reciente, el golpe de Estado de 1973 se dio, entre otras cosas, para reimponer el ethos y orden de la desigualdad en la sociedad chilena.

precio calculable. La vida de cada uno tiene un valor diferente según de dónde provengamos socialmente, dónde hayamos nacido, nuestros estudios, nuestra salud actual o futura y las perspectivas de mantención en la existencia que tengamos.

IDEAS PREDOMINANTES

Más allá de discursos y retóricas, serán el mercado y el capital quienes decidirán sobre nuestras posibilidades de vida, de su calidad; acá, pero también en África o el Oriente Medio. Decidirán si tenemos derecho a una existencia mejor o peor. Hasta aquí hemos llegado de la mano del mercadismo y el economismo sin control ni dirección de la sociedad y la política. Los fundamentos de este modelo implementado globalmente hacen agua y generan crisis de legitimidad, lo que pone de manifiesto cuál ha sido la "ética" que lo guía.

Y, sin embargo, no deja esto de resultar paradójico. Lo digo porque pocas veces hemos visto un esfuerzo tan grande por inyectarle "ética" al sistema, desde los organismos internacionales (el Banco Mundial o el FMI), hasta la práctica empresarial, estatal y cuanto MBA se precie de tal.

Pocas veces se ha hablado tanto del retorno de la ética (¿a dónde se habrá ido entre tanto?). Por ello no deja de parecer contradictorio el tipo de llamado como el que hace monsieur Sarkozy, apuntando a la necesidad no de superar el capitalismo, sino -otra vez- de su "moralización". Con lo cual, sin querer, le hace honor al dicho: a confesión de parte, relevo de pruebas. Si hay que moralizarlo, entonces el capitalismo no tiene ética en su accionar, no toma en cuenta las consecuencias éticas o, al mismo tiempo, su ética es miope y excluyente, guiada principalmente por el cálculo del lucro y la acumulación. Y, como nos había advertido un clásico de las ciencias sociales, este proceso -en su despliegue ilimitado- tiende a socavar al mismo tiempo las dos fuentes originales de toda riqueza: la naturaleza y el ser humano.

Podríamos preguntarnos entonces, ¿qué legitimidad ética tiene un sistema -de capitalismo financiero, desregulado y globalizado- que genera los desastres que presenciamos hoy en día? Hasta ahora la ética que lo legitima es

En lugar de intentar esconder las huellas del poder y la exclusión, nuestras elites harían bien en interrogarse más seriamente sobre cuánta desigualdad resulta éticamente tolerable; de paso, ayudarían a hacerla más visible.



una que potencia al individuo como poseedor egoísta, competitivo, ambicioso, que anda por la vida y actúa según lo que le indique el natural ejercicio del cálculo costo-beneficio: serán buenas y/o correctas, por tanto éticas, aquellas decisiones que aumentan mis beneficios o bienestar, o el beneficio de mi grupo. Serán no éticas (es decir, incorrectas y no buenas), las decisiones que disminuyen mis ganancias, mi influencia o mi poder.

Ahora, si esas decisiones-acciones aumentan rentabilidades y ganancias o poder a costa de los otros, del medio ambiente, o generando más pobreza y desigualdad, bueno, eso no es asunto de esta ética. Ella se ocupa de las relaciones medio-fin a nivel micro-individual, de las consecuencias para otros, o a nivel más macro, bueno, que se ocupe Dios, el sistema o el futuro. Lo que no puede ser calculado, lo que no tiene precio se dirá, entonces, no tiene valor. Y si no tiene valor, entonces no vale la pena. Pueden ser las vidas de miles de niños, de miles de mujeres, de cierto tipo de enfermos, de la llamada tercera edad, de los animales o de lagos y ríos.

NUEVO PARADIGMA

No importa. Nuestras vidas son vidas de prestado, dependen en buena medida de su valorización en algún mercado. Ahora, si ante el actual oscuro panorama nos percatamos de que requerimos modificar de raíz tanto nuestro accionar como el de muchas instituciones -nacionales y mundiales-, entonces estamos necesitando un nuevo paradigma orientador de los intercambios entre los humanos, las instituciones y la misma naturaleza. Lo que podríamos traducir por la tarea -diálogo, deliberación y antagonismo interpretativo mediante- de imaginar y actuar desde un nuevo ethos societal, con la dificultad agregada hoy de que esto no puede ser sólo a nivel local-nacional, sino a nivel global. Porque hoy es el conjunto de la humanidad la que está amenazada, y nadie podrá salvarse por su cuenta de manera aislada.

Sin duda, esto es algo muy complicado. Más de lo que usted pudiera pensar. Para empezar, tendríamos que modificar los currículos de las carreras de Economía en el país. Reorientar, pues, la acción individual y colectiva, los

intercambios, acordes con nuevas finalidades concertadas, no es algo que pueda cuajar de la noche a la mañana. Demanda la creación y práctica de nuevos hábitos sociales y el rediseño de las instituciones. Si volvemos la vista a nuestro país, veremos que en el pasado reciente, el golpe de Estado de 1973 se dio, entre otras cosas, para reimponer (refundación por la fuerza mediante), el ethos y orden de la desigualdad en la sociedad chilena, que se percibía amenazado desde 1964 en adelante. Volvíamos a nuestra tradicional desigualdad estamentalizada: cada uno con su tribu y en su grey, pero ahora abiertos al mundo. Todo ello decidido por un mercado reificado y la fuerza de la policía secreta. Nos quedó como

¿En base a qué justificaciones y en función de qué orientaciones tendríamos ahora que cambiar de actitud y hábitos sociales si lo que prima sigue siendo el leit motiv de la competencia?

leit motiv el aspirar a convertirnos en meros consumidores y admirar (y soñar) con los ricos. Fuimos transformados en consumidores, temerosos, fragmentados y privatizados. Cada uno en lo suyo y con los suyos; endeudados.

¿MERO PARÉNTESIS?

Desde este ethos iniciamos el esperanzado viaje hacia la democracia inconclusa que aún tenemos. Una esperanza hasta ahora defraudada. Según un estudio del BID, nuestra modernización sufriría lo que se llama "paradoja del crecimiento desdichado", es decir, el desfase entre las expectativas del crecimiento y la competitividad y la mantención y/o aumento de las desigualdades. Sí, escuche bien: el decil más alto se lleva acá 45% de la torta. Sólo nos superan Colombia, Bolivia, Haití, Namibia y Paraguay. Otro dato: un joven tiene en nuestra América 30 veces más posibilidades de morir víctima de un homicidio que las que tiene un joven de Europa, y 70 veces más posibilidades que las de jóvenes de países como Grecia, Hungría, Inglaterra, Austria, Japón

o Irlanda ("Mapa de la violencia contra los y las jóvenes en América Latina", Ritla, 2008). ¿Le dice algo?

Al mismo tiempo, se nos reclama hoy por actitudes más solidarias y austeras, que cuidemos el medio ambiente, el agua, la electricidad. Se pide porque los empresarios cuiden a su propia gente y no los despidan a la primera. Es un gran llamado en el fondo a recrear un ethos más solidario y con más justicia social. Sólo algunos pocos actores presionan por más de lo mismo: dejemos que todo lo resuelva mágicamente la sacrosanta competencia y la ilusión de un mercado libre. Pero, ¿en base a qué justificaciones y en función de qué orientaciones tendríamos ahora que cambiar de actitud y hábitos sociales si lo que prima sigue siendo el leit motiv de la competencia, la codicia, la voluntad de poder o una vida social segmentada?

¿Debemos alentar un mero paréntesis en la fe que nos promete progreso (con progresismo incluido) vía crecimiento guiado por el mercado y el capital abierto al mundo, con una democracia disminuida o, más bien, abriendo al planteamiento de un nuevo ethos social, una nueva política de democracia radical, guiada por otros valores, sentidos y horizontes? Como lo dice bien Jean-Paul Fitoussi, sería necesario desregular nuestras democracias; es decir, darle un lugar preferencial y un mayor protagonismo a la voluntad política, y regular mejor los mercados (y no al revés). Sería conveniente movilizar y promover la actividad deliberativa de los ciudadanos en torno a la definición de las normas de justicia y de bien común que pueden ordenar nuestra convivencia e intercambios. Alentar un debate público cada año -dentro y fuera del Congreso- para indagar cómo marchan las desigualdades en el acceso a bienes sociales fundamentales (salud, educación, vivienda, entre otros).

Quizá -parafraseando a Chantal Mouffe- en lugar de intentar esconder las huellas del poder y la exclusión, nuestras elites harían bien en interrogarse más seriamente sobre cuánta desigualdad resulta éticamente tolerable; de paso, ayudarían a hacerla más visible, y abrir espacios para que entre al terreno de la controversia democrática. A lo mejor, después será demasiado tarde.